

Tipos de Aquí

XIII

LOS BILLETEROS

* * *

(Por José Sánchez-Arcilla)

* * *

Yo tengo el presentimiento de que, el día menos pensado, me va a tocar el premio mayor de la Lotería Nacional. Casi me atrevería a apostar, no porque me lo haya dicho ninguna adivinadora, sino porque yo soy hombre de corazonadas. Sin embargo, si los billeteros de La Habana se obstinan en ser como son en la actualidad, posiblemente no me veré nunca «graciado», porque nunca compré billetes.

Bien está que los honrados billeteros vayan por esas calles de Dios gritando:

—El 15.678.

—El 11.111, y suma cinco.

—El 74 pelado.

Bien está, aunque despierten a media Habana, porque los billeteros salen con el sol y las burras de leche — pongo por madrugadores — y no se acuestan hasta las mil y quinientas, como Agustín Rodríguez — pongo por trasnochador. Después de todo, en cada billettero hay un cantante frustrado, y ya que no pudieron lucir sus habilidades cantando la «Estudiantina de Lecuona», se conforman con pregonar los numeritos con cierta gracia y una voz muy aguda y muy desafinada, que es lo peor.

Lo que no está bien es que le metan a usted los billetes por las narices o se los echen sobre la comida, como viene ocurriendo con harta frecuencia. Pero ¡cualquiera convence a un billettero de que ese sistema es contraproducente y de que nadie, al verse tan acosado, es capaz de comprar ni el premio gordo!

Yo sé que es muy elegante, y hasta patriótico, comprar billetes. Se ayuda a la República y se puede uno hacer rico de la noche a la mañana, como reza en los anuncios pomposos de la Renta de Lotería; pero yo le aseguro al señor Antonio Rodríguez que habría menos billetes devueltos en cada sorteo si pudieran retirar de la circulación a ciento cincuenta o doscientos billeteros que andan sueltos por ahí y que, poco a poco, han ido cercenando la afición y el vicio.

Yo no sé, lector, si usted tiene tan poca paciencia como yo, pero al mismísimo Job lo quisiera yo ver en un café, conversando con sus amigos de algo muy importante, y que de repente se le acercara uno de esos billeteros pesados, que tanto abundan en La Habana, con la pretensión de venderle cinco pedacitos del 8.765...

—Mire que número tan bonito. Me quedan veinte pedazos.

—Gracias; no deseo — diría Job.
—Es que se puede sacar el premio grande.

—Bueno, pues guárdelos para usted.

—Mire que esta es una oportunidad única.

—Haga el favor de no molestar, amigo, ¿No ve que...?

—Sí, pero sus amigos también debían comprar algún pedacito. El 8.765... Mañana se juega.

—Pero ¡hombre, por los clavos de Cristo!

—No diga mañana: «Yo tuve el gordo en mis manos...»

Job, más violento que un representante «sorteado», gritaría:

—¡Pschjkl yntez erwwikiol shhey-yjjjjj! (1).

No exagero lo más mínimo al hablar así. Los billeteros, los honrados billeteros, son los peores enemigos de la Renta de Lotería, queriendo ser, precisamente, todo lo contrario. Pero los pobrecitos no son psicólogos, e ignoran que la mayor parte de los mortales prefiere caer bajo las ruedas de un tren en marcha que en manos de un billettero obstinado.

(1) Hemos tratado de averiguar lo que quiso escribir el señor Sánchez-Arcilla, pero han sido inútiles nuestras pesquisas. Probablemente, no se atrevió a repetir la frase que hubiera dicho Job, y esto le honra, pues con toda seguridad que era muy fea. N. de la R.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA